



Páginas de la memoria

DOS líneas de vida corrían en mi existencia durante el año 33: una, clara y consciente, que apuntaba a la literatura como fin establecedor, y otra, oscura y sumergida, a la que asomaban, con intrínseca para mí, raíces de puente revivificadas y que tenían oración con mi infancia, prolongándose a la adolescencia a través de rasgos dibujados por una confusa sexualidad. El libro "Inseguridad del Hombre", que sólo vino a publicar en 1949, comenzó a escribirse realmente en aquel temprano año de mi juventud. Su título revela su sentimiento dominante: el miedo. Efectivamente yo escribí temblando; de noche; iluminado con vela, para no desobedecer las órdenes de mi madre; y en una casa de dos pisos, de escalera crujiente, ante para provocarme el más sostenido temor. Descubrí, años después, que siempre que escribo, experimento temor: no el mismo de entonces, por cierto; sino uno que definí como "complejo de Prometeo", el que, con gran asombro mío, ya había sido denominado así —según me lo reveló "el chico" Molina— por Gastón Bachofen. Todavía ignoro al se trata de algo similar a lo que yo llamé de ese modo. "Es como una impresión de culpa —le expliqué a Molina—; como el miedo a ser castigado por estar descubriendo y revelando en mi literatura algo prohibido; semejante a lo que debería experimentar Prometeo luego de robar el fuego a los dioses". Sin embargo, no era este miedo el que primaba en aquella obra de cinco cuentos precedida por la elocuente palabra "Inseguridad". La reglamentación de mi niñez, los pavores nocturnos, las conjeturas y cuentos de hadas que escuché a una anciana doméstica, el viento del sur, la presencia de la muerte, que súbitamente sentí cercana y amenazadora en todo lo que ocurría y en la vigilancia perpetua que me parecía ejercer mi padre como escudo protector, a la vez que en el registro dramático que acusaba mi madre con su histórica e interminable enfermedad, cuyos síntomas incomprensibles eran los gritos de horror y de "¡Misericordia!" que profería a causa del más mínimo temblor o su coherencia permanente por la suerte que podía correr mi padre en sus cabalgatas de funcionario a través de los campos "del húmedo sur de mi infancia". Si, tal y como comienza el primer cuento de aquel libro, que sólo hoy valdive a abrir con emocionado estupor como quien fuera invitado a mirar en un pozo la imagen precisa de un sortilegio tenebroso, así tal cual lo escribí, ocurría: "La muerte nocturna venía siempre a mi infancia. Tal vez en la obscuridad ella se quedaba acechando un mal paso de mi madre hacia el abismo, una reanunciación del corazón de mi padre, o un rayo contra mí, algún niño". Aparte de un crítico, el físico, Ricardo Latcham, padre vto, en este mi ingrato país, la atención personal, el reflejo teórico, el murmullo misterioso y singular

inconsciente crítico, la voz misma de una poeta análoga de mi tierra, que no sólo en el libro del adolescente escritor que yo fui, de fuerza y magia a la obra de gran porción de prosistas y poetas nacionales!

Es importante que yo señale el sentido de ese libro. Si en el primer cuento solamente se prepara la atmósfera para los siguientes, y ese relato es nada más que atmósfera, en "Animal en angustia" comienzan ya a suceder episodios: oníricos y simbólicos, cargados de significaciones inconscientes. Ese perro que en su sonido de sirena de incendio anuncia la inminencia de un hecho laral e el presagio de un castigo, y que pasea en movimiento una sospechosa complicidad entre la madre y el hijo, persiguiéndose como en un escolarre por el alrededor de la casa, ingresa, con todo el relato, sorpresivamente para mí mismo (su autor), en una teatral conceptual, débil e ingenuamente conceptual, lo que le confiere una mayor inocencia a su misterio. Hay algo que flota en el cielo y en las costumbres de ese hogar, algo angustioso que nadie puede aclarar ni conjurar: ni las danzas de la madre ni el rito de un hechicero que llega a título de veterinario a desmenujar al perro y a las habitaciones, patios y jardines. ¡Es la Revolución Social el hecho al que yo cargué con la responsabilidad de "hacer el día", y es el enigmático sistema de comunicaciones del absurdo (que para mi naciente adhesión al marxismo le pareció ser el ámbito primario del capitalismo en que vivía ese mundo en el que están inmersos la madre, el hijo y el animal angustiado) es que, con la ingenuidad de un niño y mi vehemente interpretación "racional", le eché yo la culpa en las líneas finales del relato. Como el libro fue escribiéndolo mes a mes, o año tras año, del primero al quinto relato, se advierte una progresiva intelectualización a la vez que disminuye el aporte de lo emocional y lo onírico. En "La Desconocida", hablando en primera persona como en los demás cuentos, describí una tenebrosa relación sexual entre "mi" madre y una extraña que se apodera de la voluntad de los moradores; y la que fue en verdad mi madre debió afrontar ante algunos parientes el reproche de que yo, Eduardo Anguita, la ponía a ella —persona real y concreta y no personaje de ficción— "en cuatro patas con una prostituta" (fueron palabras de una tía lejana; en la realidad, no en el cuento), así como otros parientes me tildaron de "degenerado" por "describir escenas lúbricas más con mi hermana" en una "bacaal" desatada a raíz del fallecimiento de nuestra madre en el cuento "En familia". Pero a todo eso, el libro no fue best seller, no provocó escándalo alguno, ni interés sino a unos pocos escritores de mi generación. Así era de ciego el criterio de nuestro público lector.

Páginas de la memoria [artículo] Eduardo Anguita.

Libros y documentos

AUTORÍA

Anguita, Eduardo, 1914-1992

FECHA DE PUBLICACIÓN

1973

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Páginas de la memoria [artículo] Eduardo Anguita.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile